

SERGIO FERNÁNDEZ
EL PORTERO DE TIKTOK

El portero



SERGIO FERNÁNDEZ, EL PORTERO DE TIKTOK

EL PORTERO

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Sergio Fernández-Mazarambroz Rodríguez-Izquierdo, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2023

Depósito legal: B. 9.175-2023

ISBN: 978-84-08-27330-1

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Egedsa

Printed in Spain – Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Índice

1. Gajes del oficio	11
2. Con un balón en los pies	21
3. El primer trabajo	33
4. El atraco	45
5. Salir, beber y bailar	57
6. Ser padre con veintiún años. Mis hijos queridos . .	69
7. Un martillo compresor	79
8. La primera Joy.	89
9. Salvar una vida	101
10. Evitar una violación.	113
11. El lío final	125
12. Chloe en la tienda de nutrición	137
13. <i>Strongman</i>	147
14. Uzbekistán	159
15. Hernia, esteroides y fin	171
16. Ruptura y vuelta a la noche	183

17. Aventuras nocturnas de un portero de discoteca	195
18. Gasolinera, pandemia, buscarse la vida	207
19. Velvet	219
20. A las puertas del portero de TikTok	229
21. El portero de TikTok ha llegado	239
<i>Despedida</i>	251
<i>Agradecimientos</i>	255

1

Gajes del oficio

La noche que te parten la cara empieza igual que todas las demás noches.

Haces tu trabajo como siempre, de forma seria y profesional. Siento que es importante transmitir esa seriedad, pues es una parte de mi autoridad como portero. Aun así, intentamos relajarnos en la medida de lo posible. Sobre todo si la noche es tranquila, y aquella noche lo estaba siendo. En esas noches puedes hasta charlar un poco con los compañeros, contarles alguna batalla y matar el tiempo. En Velvet, la discoteca donde trabajo ahora y donde me he hecho famoso, todo el equipo lo pasamos bien. Como decía, hacemos lo que podemos por realizar el trabajo de la forma más seria, pero también lo más llevadera posible.

La noche se torció al final. La puerta se cierra a las cinco de la mañana y la discoteca a las seis, así que a las seis menos diez bajo a encender las luces. Es la señal de que la fiesta ha

terminado. Todos lo sabemos. A esa hora ya no hay charla, bromas o batallitas. Lo único que tienes en la cabeza es cerrar, volver a casa, descansar un poco y mañana será otro día. Normalmente estamos dos arriba y dos abajo; pero a veces somos tres arriba y uno abajo, si no hay mucho lío. Si abajo necesitan algo, avisan al resto. Para el cierre me bajo yo.

Al bajar me encontré a una de las camareras, que me alzó la mano, alterada. Me acerqué y me dijo:

—Sergio, esos dos no dejan de meterse conmigo. Me están llamando de todo. Dicen que me van a esperar fuera.

Eran dos tíos normales y corrientes. No nos habían llamado la atención en la puerta. A veces pasa. Controlando la entrada minimizas daños, pero no eres infalible. En ocasiones, la gente que parece normal a las doce y media de la noche ya no lo es tanto a las cinco y pico de la mañana.

Cuando estás en una situación así, lo habitual es acercarte a hablar con ellos. Eso es lo primero siempre. Si puedes resolverlo así, mejor que mejor. Además, ya era tarde e íbamos a cerrar. Así que opté por acercarme y decirles que se fueran ya para casa, que era hora de dar las luces. La camarera vino conmigo y, como llevaban toda la noche detrás de ella, les dijo algo como: «¿Qué, ahora qué?». No es lo mejor para afrontar una situación así, pero es muy difícil estar una noche entera aguantando a dos tipos como esos: pueden ser babosos, pesados o algo peor. Ellos estaban sonriendo tranquilos. Esa tranquilidad da pistas. Esa calma es una señal.

Pero mi intención era terminar aquello con una conversación y un «Buenas noches». La sala estaba cerrando.

No me dieron oportunidad de hablar. No hubo lugar para la conversación porque, según llegué, me soltaron un directo a la barbilla. PAM. Y, acto seguido, uno de ellos se abalanzó sobre mi cintura intentando que perdiera el equilibrio. En el suelo es mucho más difícil defenderte. Indiscutiblemente, esos dos movimientos ya te demuestran todo lo que necesitas saber sobre la situación en la que te has metido. Al menos uno de ellos sabía pelear. Afortunadamente, pude reaccionar y le enganché del cuello con el brazo derecho antes de caer. Le tenía cogido y precisaba reducirle. La maniobra se llama *mataleón*, pero no me dio tiempo a realizarla, porque me desequilibraron. Ese tío (y su amigo también) sabía pelear, tenía nociones de MMA, artes marciales mixtas. Lo que me hizo es una llave que se utiliza para reducir a alguien. Esa es la segunda fase. Antes de lanzar ningún golpe, reducir, minimizar.

Ya en el suelo, el otro me dio dos patadas en la cabeza. Me cogió del brazo con el que agarraba al primero y tiró hacia sí con todas sus fuerzas. Ahí lo noté ya: me habían lesionado. Escuché el crujido, cómo se desgarraba el músculo. Noté el dolor, que se trasladaba como una descarga eléctrica por mi brazo. «Se ha complicado la noche», pensé. Nosotros no calentamos, porque no estamos haciendo deporte. Nuestro trabajo implica pasar de cero a cien en segundos, así que nuestros músculos están fríos. De ahí el desgarro. De ahí el dolor.

Mientras seguía agarrando al otro, el dolor aumentaba, pero aguanté con la llave porque tenía que conseguir que mi compañero se enterase de lo que estaba ocurriendo. Eso era lo único que pasaba por mi cabeza en ese momento: aguantar, resistir, conseguir que el compañero llegase, protegerme de los golpes y controlar la situación. El compañero finalmente llegó y, cuando lo hizo, el que estaba libre le agarró también.

Sabían lo que hacían los dos, pero al menos ya éramos uno contra uno. La situación se equilibró. Además, otros clientes nos ayudaron. Para sacarlos, tuvimos que subirlos por las escaleras, y eso no es lo más fácil del mundo con alguien que te está atacando. Lo bueno es que mantienes la posición elevada, pero aun así me llevé un codazo en la cabeza. Empecé a notar cómo la cara se me llenaba de sangre y tuve que tirar de mis años de experiencia para mantener la frialdad y no perder los nervios. Menos mal que la noche había empezado bien y todo estaba tranquilo...

En fin, conseguimos sacarlos del local, pero la siguieron liando: se encaraban con quien encontraban, rompían cosas, volcaban cubos de basura... Llamamos al encargado y a la policía. No eran tíos grandes, no tenían pinta de ser agresivos. A veces las apariencias engañan y no los ves venir. Al final la policía se los llevó detenidos, pero les costó su trabajo meterlos en el coche patrulla. Creo que estaban drogados, aunque no es fácil saberlo. El alcohol da problemas, pero la agresividad que genera es diferente, más torpe.

En infinidad de ocasiones me he encontrado con problemas, pero esta vez fue diferente. Les sacaba treinta y cinco kilos y una cabeza. Lo que quiero decir es que, por mucha experiencia que tengas, por mucho que sepas, por mucho que te hayas preparado, este trabajo nunca es cien por cien seguro. Siempre hay alguna cosa que puede salir mal.

¿Resultado de aquella noche? Cuatro centímetros de rotura muscular, dos desgarros en el bíceps de entre dos y tres centímetros. Por supuesto, parte de lesiones, hospital, pruebas pertinentes, denuncia... Y vete a saber cuándo saldrá el juicio.

Más tarde, cuando bajó la adrenalina, se me vinieron de golpe varias cosas a la cabeza. Iba a tener que dejar uno de los pilares de mi vida: el entrenamiento. Durante varios años estuve compitiendo, aunque ya no lo hago. Pero no por ello dejé nunca de entrenar. Para mí es como tomar café: me centra, me orienta, me hace sentir bien. Me daba mucha rabia esa situación. Con una lesión así, era imposible ejercitar ningún grupo muscular que no fuera la pierna.

También me sentía inquieto por el juicio. Esperaba que fuera favorable. Todo apuntaba a que lo iba a ser, pero, quién sabe, de pronto te ves siendo tú el que paga. Nunca lo sabes seguro. Confías, pero no lo sabes.

Lo siguiente que me vino a la cabeza fue mi familia. Sabía que debía volver a casa con el pecho y el brazo hinchados y doloridos y contárselo a mi pareja. Ella se asustaría. Después se lo tendría que contar a mis hijos y a mis padres,

y ellos también se asustarían. Aunque para ti sea una noche más («son gajes del oficio», «cosas que pasan»), para ellos es distinto. En estas conversaciones no puedo evitar sentir una mezcla de orgullo cabezota y vergüenza. No quiero hablar de ello, pero me obligo a hacerlo e intento convencerlos de que no es nada, aunque tenga que llevar el brazo en cabestrillo un mes. Ellos tardan en tranquilizarse. Se multiplican los «Ten cuidado» y la sensación de que cuando me voy se quedan nerviosos.

Hay días en los que disfruto de mi trabajo; otros días, no me gusta nada. Aquella noche estaba tremendamente cansado. Eran las seis de la mañana y tenía el brazo lesionado. Y me podría haber pasado algo mucho peor. Solo quería llegar a casa y descansar. Descansar, descansar y descansar.

La gente me mira y no sabe lo que ha sucedido. Proyectan sobre mí ideas de lo que creen que habrá pasado. Pientan en algo violento, que soy alguien agresivo, que pierdo el control... No sabéis la cantidad de barbaridades que he escuchado sobre los porteros. Yo nunca he querido ser portero. Pero, cuando he intentado dejarlo y probar otras cosas, no me ha quedado más remedio que volver.

Nadie sabe realmente cómo es mi profesión. No hay glamur, hay dureza. No es un trabajo ni bien pagado ni reconocido. La diferencia ahora es que lo cuento. Puedo explicarlo y ayudar a que no pasen determinadas cosas. Hace unos meses que tengo mi cuenta de TikTok, donde subo

mis vídeos y cuento todo esto. La gente me ve, me sigue, me escucha... Hay gente acostumbrada a que la sigan y la escuchen allá donde va, pero desde luego no es mi caso. Me siguen millones de personas. Puedo hacer algo bueno con todas las cosas malas que me han pasado. Por eso hago vídeos sobre lo que pasa esas noches. Enseño el parte de lesiones, hablo de la gente que no sale a divertirse, la que sale a otra cosa, la que te la lía.

Yo soy una persona que se toma las cosas en serio. Es lo único que tengo. Si no te puedes tomar lo que haces en serio, es mejor que no lo hagas. De verdad, déjalo. Tampoco soy de quejarme, sino de enseñar las cosas como son, como yo las vivo. Intento que los que me siguen aprendan. Quiero que piensen en lo que puede pasar cuando están de fiesta tranquilamente.

Este libro está escrito pensando en esa gente que me sigue y también en la que aún no me conoce. La que quiere saber qué hay detrás de todos los vídeos y cómo he llegado hasta ahí. Quiero ser muy sincero. Cuando me dicen que quieren ser como yo, normalmente les contesto que tienen que conocer la historia completa: lo bueno y lo malo.

Muchos de los que me siguen son chavales jóvenes, y eso me motiva. La gente mayor igual es más cínica, pero cuando eres joven estás buscando algo todo el rato, quieres aprender. Yo quiero aportarles algo, que tengan referentes que les ayuden. Con los vídeos puedo explicarme.

Como he dicho, el trabajo de portero es muy feo. Sé que hay muchos trabajos duros; yo he trabajado de muchas cosas a lo largo de mi vida. De todas esas cosas quiero hablar. Quiero que sepáis lo que es llegar a casa después de una noche en la que te han estado insultando porque le has dicho a uno que no podía entrar en la discoteca. Quiero hablar de lo que supone estar en un trabajo donde hay esa responsabilidad. Porque, si te equivocas, puedes provocar un problema gordo para ti o —peor— para la gente que está en el local divirtiéndose. Pero todo el mundo piensa que tomas las decisiones un poco porque sí, para joderles. Y te lo hacen saber.

Esa noche no fue solo la noche en la que me pasó algo chungo, la noche que me lesionaron o la noche que tuvo que venir la policía. Es también la noche en la que luego pude explicar con un vídeo lo que había pasado. Gracias a eso, mucha gente entendió la situación. Ahora que la gente ve mis vídeos, muchos se me acercan y me saludan. Me respetan de otra forma, a través del cariño, porque me van conociendo.

Por eso he escrito este libro, para explicarme, para que me conozcan.

Lo lógico, por tanto, es empezar por el principio.

Me llamo Sergio, soy portero de discoteca y grabo vídeos para TikTok. Tengo más de un millón de seguidores que disfrutan y aprenden con mis historias, pero no siempre ha sido así. Mi vida ha dado muchas vueltas... y empieza con un balón en los pies.